EL SINDICALISTA

DECENAL, ORGANO DE LOS SINDICATOS CONSTITUIDOS EN LA CASA DEL OBRERO

AÑO I | EDUCACION RACIONAL | México, 30 de Noviembre de 1913 | LUCHA REIVINDICADORA | NUM. 4

La Economía Política y la Economía Social

Es necesario ir arrancando paulatinamente la venda de la ignorancia sobre los moldes antiguos.

Es necesario que la escuela racionalista alce su voz potente de emancipación de conciencias, para que los burgueses, aterrorizados por sus indiferencias, y los capitalistas, espantados por sus propias infamias y latrocinios, permitidos por la ley y sancionados por una sociedad fanatizada e impotente, den campo al estudio de la economía social, más importante, sin duda, a la economía política.

Se puede decir que la economía política la hacen los privilegiados políticos, para sancionar mejor ante el sentimiento popular sus negocios financieros, en donde siempre el pueblo es el que da la materia prima: el dinero, para que los de arriba, por medio de sus juegos de bolsa de la economía política, se hagan el reparto con los consabidos prolegómenos, de «todo para la Patria,» «la vitalidad del país,» etc., etc.

A la economía política, semejante a la teneduría de libros, a las matemáticas o a la hechicería, se le quiere siempre encerrar en determinados límites de cretinismo y que, al desear el salir de ellos, significa echarse a la prensa burguesa y alquilada para que prorrumpan con los conocidos estribillos de «agitadores pérfidos» y de «trastornadores del orden público.»

La economía social, rompiendo las cadenas atávicas de nuestros antecesores y mostrando nuevos senderos de humanidad, hace que se preocupen los patronos por los obreros.

Ruskin, en sus «Estudios Sociales», con gran percepción comenta la insignificancia de los economistas políticos ante los conflictos del Capital y del Trabajo. ¿Cuando se producen agudas crisis poniendo en peligro vidas y riquezas, no han permanecido siempre los economistas impotentes? Y claro, los economistas políticos son teóricos y permanecen mudos; los economistas sociales son prácticos y por medio de la huelga o del boycotaje o sabotaje, es decir la acción directa, resuelven los más intrincados problemas sin necesidad de cálculos ni de números ni de temores, demostrando que la «ciencia» nunca ha puesto de acuerdo a los hombres.

La economía social, que no persigue *intereses*, pues la Humanidad no está basada en ellos si, no en la justicia, y es como las cuestiones deben regularizarse, convierte el interés frío y sistemático en simpatía y la simpatía en AMOR.

El día que el amor y la justicia abran brecha en los corazones de los hombres, ese día la economía política caerá hecha añicos por los suelos, siendo hasta su recuerdo vituperado.

LA CUESTION SOCIAL, esa debe ser nuestra mira; tender la mano al compañero necesitado para buscarle trabajo, es más rápido y más lógico que el hacer cálculos de economía en nuestro esfuerzo.

¿Por qué las naciones tienden a desquebrajarse con guerras? Por los cálculos de la economía política. Los hombres públicos piden el aumento de oro en sus arcas y la vanidad de tener más extensiones de terreno, aunque para ello se sacrifiquen miles y miles de hermanos.

El día que los economistas políticos sean humanitarios, dejarán las pobres fronteras de sus estudios, para encauzarlos en obras sociales que ameriten, no el destello del momento para luego desaparecer; sino el continuo irradiar de sus bienandanzas para que éstas sean firmes y duraderas mientras existe la humanidad.

RAFAEL PEREZ TAYLOR.

LA PARADOJA TRISTE

Existe un innegable progreso en nuestro país, progreso que corresponde, naturalmente, al que se deja sentir en todas partes.

Ponerse a demostrar nuestro progreso material sería pueril.

Independientemente de los agentes artificiales de progreso, contamos con fabulosas riquezas naturales casi inexplotadas. Es por esto que se considera a México como uno de los países más ricos. ¡No sé cómo puede decirse esto sin emoción!

Lo único que necesitamos—asientan nuestros brillantes economistas—son capitales extranjeros. En todo caso muchos capitales.

Por lo que se refiere al orden social, debemos estar orgullosos.

Poseemos una de las más sabias constituciones. Si no hacemos caso de ella, generalmente, es porque aguijoneados por un mayor progreso, hemos adquirido en la sociología del señor Bulnes esta verdad: la forma de gobierno que nos conviene es la dictadura. Sin embargo, la moral social de esta dictadura toma su doble decímetro y nos encuentra a todos la misma estatura dentro de la liberalidad de nuestras leyes.

Todos podemos votar y ser votados.

El cargador de número, zafio y brutal, que toma el sol en las esquinas o pasa a nuestro lado mostrando a la intemperie sus tostadas carnes de resignada bestia de carga, puede llegar, constitucionalmente, a Presidente de la República.

El indio, que arrastrando su cacle heroico y pestilente, trae a nuestras puertas, con emanaciones de pulquería, los mangos de Córdoba o las cajetas de Celaya, puede un día, por delegación del pueblo soberano, ir a legislar sobre el descanso dominical en el Congreso.

Pero, sobre todo, nuestra ley fundamental consagra los derechos del hombre. En esa virtud, todos nacemos libres e iguales y los esclavos, por el solo hecho de pisar nuestro territorio, reivindican su derecho natural a la libertad. Como conquista definitiva, tenemos la libertad del trabajo.

¿Progreso espiritual?

En esto nadie puede aventajarnos.

Nuestra religión, casi oficial, es la católica.

Doctrinalmente, la moral de esta Iglesia, que se dice heredera del cristianismo andrajoso de los primeros siglos, detesta la esclavitud y los bienes terrenales. Tiene arrobos místicos al proclamar el amor al prójimo; llora lágrimas de

(*Pasa a la 4a. plana*)

Desconocemos la misión de este periódico?

El sindicalismo que acaba de surgir en México, con todas sus bellas perspectivas y con sus más sugestivas promesas de redención, no ha alcanzado todavía el desarrollo que fuera de desearse debido principalmente a la apatía inveterada de los elementos obreros.

Un periodista italiano, que observó en nuestras manos un ejemplar de EL SINDICALISTA, nos decía en días pasados:

—Yo creo que, a pesar de la afirmación categórica de Uds., no hay sindicalismo en México.

Nosotros, sin llegar al término negativo al que fatalmente se inclinaba nuestro interlocutor, estamos firmemente convencidos de que el sindicalismo empieza a entreabrir sus pétalos rojos, si bien no negamos que sus manifestaciones aún no alcanzan toda su potencia ni ponen en juego ese alto grado de intensidad que caracteriza a la lucha obrera en otros países.

Aquí al llamado de las nuevas ideas, apenas ha respondido un grupo de cerebros sin amo y un centenar de espíritus sin cadenas desplegó desde luego la bandera roja de sus actividades. En lo que se refiere a la gran masa obrera, aunque ha acudido en gran cantidad, llena de entusiasmo, todavía permanecen muchos timoratos en la sombra y muchos rezagados de la impotencia. Y no es esto lo peor, sino que no hacemos todo lo necesario para atraerlos a nuestras filas.

Seguimos nuestro camino, contentos con el terreno conquistado, sin propender al avance.

Nos concretamos a ensalzar las ideas modernas en este periódico, pero sin preocuparnos para nada de que ese vehículo de ideas vaya a depositar el grano en los surcos aún no cultivados.

Este periódico (no porque sea amarga verdad he de callarlo), tiene una circulación raquítica, muy en despropósito con la cantidad de trabajadores que simpatizan con las ideas sindicalistas.

Los que laboran con grandes entusiasmos y llevan a cuestas el ligero bagaje de los espejismos, calificarán de erróneas estas apreciaciones. Pero los que observamos con solicitud el desenvolvimiento del sindicalismo, comprendemos que aún no se dispone del vigor indispensable para emprender una cruzada en toda regla contra los abusos del capitalismo entronizado y corruptor.

Algunas victorias, muy halagadoras por cierto, ha logrado el naciente sindicalismo nacional, pero ni con mucho, pueden llegar a envanecernos y a colocarnos en el lugar prominente que nos co-

"El Sindicalista"

Decenal, órgano de los sindicatos constituídos en la Casa del Obrero.

Escrito y sostenido por trabajadores.

DIRECCION:
1ª del Estanco de Hombres, 44.
Tel. Mex., 6653 negro

Todo asunto de redacción deberá tratarse con RAFAEL QUINTERO.

Administrador:
EPIGMENIO H. OCAMPO

SUBSCRIPCION EN MEXICO:
Por un año............... $ 1.00
Por seis meses............ 0.50

EN EL EXTRANJERO:
Por un año............... 1.50
Por seis meses............ 0.75
Paquete de 100 ejemplares.. 1.50
Número suelto DOS CENTAVOS.

Registrado como Artículo de Segunda Clase

...rresponde entre las asociaciones de defensa obrera.

En cambio, los desconsuelos y las desesperanzas se presentan a cada paso en el penoso camino que resueltamente emprende el proletariado mexicano.

Algunos alegarán en contra que el número de los obreros sindicados es bastante considerable, y que nuevos gremios se unen al gran núcleo que tiene por vértice la «Casa del Obrero Mundial.»

Esto, sin dejar de ser valioso, desmerece en significación, si atendemos a que ese número inmenso de compañeros solamente aporta la unidad de su persona, nunca la influencia de su acción.

No sucedería lo propio si cada uno de los hombres que están afiliados al bando avanzado, fuera una voluntad dispuesta a bregar por el triunfo de los ideales modernos; si en lugar de conservarse inactivos, limitándose a aprobar y a desaprobar como en los coros del teatro antiguo, tomara su puesto en las filas de los novísimos Espartacos.

Hasta hoy, nuestra labor ha tenido como centros de función, la tribuna y el ejemplo, desatendiendo el medio valiosísimo de la propaganda escrita.

¿Es la causa del despego con que vemos nuestro propio periódico, la fácil cabida que en la prensa diaria tienen las convocatorias y remitidos sin importancia? Indudablemente que no, si atendemos a que la publicación nuestra es esencialmente doctrinaria, lo que no sucede con los diarios donde nuestras ideas no tienen aceptación.

¿Por qué entonces EL SINDICALISTA no cuenta con todo el apoyo de los gremios obreros?

Si así sucediera, la publicación órgano de los sindicatos, llenaría debidamente su papel, convirtiéndose en el paladín y el portavoz de los expoliados.

Al exponer las anteriores ideas, no nos guía ningún fin bastardo ni malóvolos sentimientos; antes bien, nos impulsa el grande afán que tenemos de ver emancipada a la clase trabajadora que, penoso es confesarlo, todavía cruza como tétrica caravana de esclavos, tras el carro de triunfo de la burguesía.

F. DE LA COLINA.

Reforma Social

¿Quién de todos los hombres que piensan y viven humillados por los guardianes del capitalista explotador, no siente deseos de ser libre y disfrutar a entera satisfacción de los placeres de la vida, de los frutos de la tierra, de la luz, del aire y el agua sin pagar derechos de propiedad?

Este es un problema que para resolverlo todos los hombres que aspiramos a vivir sin espionajes ni tutelas y sujetos sólo a las leyes de la naturaleza, debemos luchar empleando nuestras energías en la educación racionalista y la organización sindical de las clases trabajadoras, para abolir el despotismo de los privilegiados y formar una sociedad igualitaria sin zánganos ni exclusivos derechos.

La sociología moderna, impugnada por los parásitos sociales, es una ciencia que empieza a extenderse por el mundo; su fuerza es la redención humana. Tiene su origen en la causa de los oprimidos y tendrá su epílogo en la reforma de la humanidad; y así lo demuestra prácticamente la rebeldía y el sublime despertar de los trabajadores que abandonan la rutina y comienzan ya a romper los viejos moldes de la agonizante sociedad actual, que durante una larga cadena de siglos, con su idiosincracia, en todos los países de la tierra ha sido el grillete de la libertad y el prepidio de la justicia, demoledora de las rancias costumbres que se oponen a la civilización libertaria, que las generaciones del pasado no estudiaron ni comprendieron jamás.

Desde que la humanidad existe, los hombres, como las bestias, nacen ignorantes, crecen y se desarrollan al impulso de la naturaleza, que no cesa de dar sus frutos en diferentes formas, y nada tiene de extraño que entre las distintas clases de animales haya también diferentes alimentaciones. Si unos se alimentan con hierbas o con frutas, otros, los animales carnívoros, se alimentan devorando a los herbívoros y a todos aquellos que no pueden escaparse de las garras del más hábil que los domina.

¿Qué se deduce de esto, que la materia necesita de la materia para vivir?.... Si así es, aceptemos como principio esta tesis, haciendo constar siempre que la vida existe latente en todo el Universo, y que los tres reinos naturales, al estar íntimamente ligados entre sí, están sujetos a diferentes transformaciones por una evolución incesante.

Investigar la verdad es obra de la observación y el estudio.

¡El hombre! ¿Qué es el hombre si no el efecto de una causa natural que, por el hecho de ser, tiene derecho a vivir y buscar su mejoramiento en todas sus formas, dentro y fuera de la sociedad que ha formado? Pero esto no autoriza que seres degenerados por el fanatismo ciego de una facción religiosa y erróneamente autorizado por los prejuicios políticos, imitando a las fieras de las selvas se crean con derecho a exterminar la especie humana, llenando de cadáveres los campos y las ciudades en nombre de «Dios» y de la «patria»; y de la absurda propiedad individual que no es otra cosa que el pan arrebatado a miles de millares de menesterosos que tienen igual derecho a la vida.

Si estudiamos a las fieras de una misma especie, encontraremos que superan en humanitarismo al hombre, porque no se coartan las unas a las otras el derecho de vivir libremente en las serranías.

Pero los bárbaros sí; los que haciéndose llamar dueños absolutos del suelo, rebasaron los límites de la bestialidad y el robo, porque al declararse propietarios de la tierra, se declararon también propietarios de los campesinos que la cultivan llamándolos sus jornaleros, y que en realidad son esclavos que trabajan, viven y comen a voluntad de sus crueles victimarios que les niegan el derecho de ser libres.... ¡Y a esto llaman los sociólogos de la burguesía, libertad y civilización!......

¡Cuánta repugnancia causa la ignominia y cuánto odio engendra la opresión.

No se puede dudar qne el salvajismo es el espejo donde se refleja el crimen. Ahí están los campos de batalla donde la sangre forma riachuelos y linfas rojas se deslizan entre los riscos de las montañas, al capricho de una ley autoritaria surgida de los estercoleros políticos como miasma inmundo de pantano, e infexible y siempre odiosa, sigue siendo implacable con proletarios indefensos.

Todos los que pensamos racionalmente debemos querer que esto se acabe.

¿De qué modo?

Basándonos en las leyes naturales; implantando en todo el mundo la escuela racionalista para dicipar los prejuicios. Y cuando esto se haya realizado, los sindicatos obreros, suficientemente ilustrados, socializarán los medios de producción por la organización técnica del trabajo; y unidos todos internacionalmente, harán flamear muy alto la bandera de la reivindicación social que envolverá gloriosa a la nueva sociedad bajo el lema de Libertad y Justicia por la Igualdad.

EPIGMENIO H. OCAMPO.

LOS VERDUGOS

¿Hay algo más odioso que un verdugo?.... Que ese hombre de mirada fatídica y desdeñosa que al pie de la guillotina, con una serenidad que horroriza y crispa los nervios, cruel e indiferente ante el dolor, entre los aplausos ensordecedores de una multitud enloquecida y sedienta de venganza, presenta en la siniestra mano la sangrienta cabeza del ajusticiado? Sí, si hay algo más odioso y repugnante, más cruel e infame: el encargado de la fábrica o taller: es él el verdadero verdugo porque secunda las ideas ambciosas de los jefes, de los propietarios y magnates ensoberbecidos por la riqueza que les proporciona toda clase de comodidades, mientras el sufrido y desdichado obrero apenas si tiene un miserable pedazo de pan que llevarse a la boca y un infecto rincón donde encontrar reposo a sus diarias fatigas. Es él quien presta eficaz ayuda para explotar despiadadamente a los trabajadores, y los extorsiona imponiéndoles multas, el que expulsa, lanza imprecaciones, abofetea, en una palabra: el que gobierna; el que manda. Es, «Su Majestad el capatas».

Entre el verdugo que deja caer el hacha ensangrentada o la afilada cuchilla que ha de arrancar para siempre la vida de un sentenciado, al feroz y cobarde mandarín que arrebata el pan de los hogares y llega más allá de la ignominia por conquistarse las simpatías de los acaudalados, resulta más aceptable el primero, pues aquél mata sin encarnizamiento, sin odio hacia su víctima, y sólo ejerce una profesión o como quiera llamársele; pero jamás los ayes de dolor que profieren sus víctimas se convierten en maldiciones que azoten la faz o atormenten la conciencia del verdugo.

En cambio, las lágrimas y las quejas que viertan las afligidas madres, hijos o esposas por la angustiosa situación que crean esos reptiles miserables al despojar de los medios de subsistencia al artesano honrado y laborioso; esas lágrimas de desesperación, de rabia y de impotencia, sí se convertirán eternamente en terribles maldiciones, y cuando la mano destructora de la muerte ponga término a tantas infamias cometidas por esos asquerosos jirones de la humanidad, aun en el fondo de sus tumbas, el eco dolorido de tantas inocentes víctimas que sacrificaron su maldad y su egoísmo, repercutirá a toda hora y hará brotar de todos los labios este grito aterrador: ¡Malditos seais los verdugos del obrero!

Odiemos a esos abyectos, a esos chacales, a esos seres ruines que, desprovistos de todo valor y vergüenza, de rodillas ante los poderosos, recogen con la avidez de fieras hambrientas los desperdicios que les arroja del festín la burguesía avara y canallesca.

RAMON MARTINEZ.

LA MUTUA AYUDA Y LA LUCHA POR LA EXISTENCIA

Sabido es que Kropotkin es un gran escritor y un narrador excepcional; a esos méritos y a otros que se le reconocen hay que añadir que sobresale como hombre de ciencia, y para nadie es un misterio que en la Inglaterra monárquica, pero liberal, que tiene a orgullo darle un asilo que Francia, republicana y burguesa, le niega, la más importante revista inglesa, la *Nineteenth Century*, careció de redactor científico desde la muerte del ilustre Huxley hasta que Kropotkin aceptó, después de repetidas instancias, la sucesión del gran naturalista inglés.

Las obras científicas del ilustre proscripto son ávidamente leídas y comentadas por el público inglés, y de ellas la última, *Mutual Aid* (Ayuda mutua), que no tardará en ser traducida a todas las lenguas, merece los elogios unánimes de la prensa inglesa y norteamericana.

En el curso de esta obra, que representa veinte años de constante trabajo, el autor demuestra que ciertas especies de animales, que se califican de inferiores, son en varios conceptos tan sensibles y morales como los seres humanos. Con lógica inflexible, apoyada en numerosos y variados ejemplos, establece claramente que la moral natural, la higiene, la beneficencia, la emulación, etc., existían entre varias especies de aves, de insectos y cuadrúpedos, miles de años antes de la aparición del hombre en nuestro planeta. La excursión que hace el autor al mundo de las diferentes especies, no tanto para estudiar sus costumbres como para deducir consecuencias de alcance científico y sociológico, es de lo más original e interesante que puede leerse. Citemos, entre mil ejemplos, el del *viscacha* o conejo ruso, que se ha formado una civilización para su uso: estos inteligentes animalillos viven asociados por grupos de cien individuos en verdaderas villas subterráneas, y las noches de luna llena las dedican a visitarse mutuamente, sosteniendo en su lenguaje secular largas conversaciones. Cuando muere uno, sus compañeros cavan una fosa y le entierran con respeto.

Los ejemplos admirables de ayuda mutua entre los animales, especialmente las hormigas, las aves, los pelícanos, etc., son curiosos como instructivos.

* * *

Pasando luego, sucesivamente, de los animales inferiores a los superiores, a los salvajes, a los bárbaros y a los siervos de la Edad Media, hasta llegar a los hombres de nuestra época, demuestra Kropotkin que tanto como la lucha recíproca, es un factor de la vida la ayuda mutua. Pero así como la primera dirige indiferentemente al progreso o regreso de la evolución, la práctica de la segunda es el gran agente que dirige siempre hacia el desenvolvimiento progresivo. Tiene además la ventaja de procurar, con menos pérdida de energía y sin la intervención de los sufrimientos que arranca la lucha, una suma mayor de bienestar para cada individuo.

En su conjunto, el trabajo del gran sociólogo ruso tiene, en el terreno científico, una importancia histórica, pues constituye una franca y brillante refutación de uno de los principios establecidos por Carlos Darwin y aceptados por una pléyada de pensadores eminentes, el más célebre de los cuales fué el insigne Huxley. Me consta que de éste, como del mismo Darwin, es Kropotkin uno de los más sinceros admiradores; lo que no impide que haya creído necesario demostrar, y lo ha hecho con notable éxito, que no son los más fuertes ni los más hábiles los que acaban por triunfar en la lucha por la existencia, sino los que mejor saben cooperar a la protección mutua. Este es el verdadero factor del progreso de la evolución.

Y esto no podemos menos de celebrarlo, pues el *Struggle for life* de Darwin, viene a ser al *Mutual Aid* de Kropotkin, lo que la barbarie es a la civilización.

TARRIDA DEL MARMOL.

Trabajo y Capital

¿Es realmente el capital el que ejerce su dominio sobre los trabajadores? Nó, sencillamente. ¿Son culpables los explotadores de la mísera condición de los explotados? Tampoco. Si el capital es producto del trabajo y no el trabajo producto del capital, resulta que los verdaderos culpables de ese dominio y esa explotación son los obreros mismos que no quieren contrarrestar la fuerza del capital con la fuerza de la unión. Supongamos que un industrial establece una fábrica cualquiera con un capital de doce mil pesos. Su primer intento es acudir en demanda de brazos; es decir, de gente trabajadora. Transcurridos unos cinco o seis años, aquel industrial posee ya un capital tres veces mayor que el que invirtió en su negociación. Se dirá: fué por impulso del capital invertido. Nada más falso. Yo diría y digo; es por impulso de los trabajadores; si éstos no hubieran acudido a la fábrica a prestar sus servicios, aquellos doce mil pesos no sólo no habrían disminuido durante esos cinco o seis años, sino que tendrían que desaparecer irremisiblemente, a no ser que aquel industrial se alimentara con zacate o viviera de la piedad pública. No faltará por ahí algún chusco o necio que replique: es que el industrial contaba desde un principio con un capital que no era producto de los trabajadores, supuesto que aquel lo tenía ya de antemano. A esto le contestaría simplemente, que desde que tengo uso de razón hasta ahora, jamás he visto brotar de los manantiales, ni de los árboles, ni del fondo de las minas, monedas ya acuñadas, lo cual viene a corroborar mi dicho de que el capital no existe ni existirá sin el esfuerzo físico y la inteligencia de los trabajadores.

En cuanto a la inicua explotación que ejercen los capitalistas sobre los hombres de trabajo, culpa es también de los obreros. Si éstos, en vez de deshacerse en lamentaciones amargas, si en lugar de resignarse con lo que han dado en llamar «su suerte,» si en vez de ser desgraciadamente la gran mayoría de ellos, hombres abyectos, cobardes y egoístas, fueran seres dignos, decididos para la lucha y verdaderos hermanos, la gran familia trabajadora tendría que evolucionar forzosamente en un corto lapso de tiempo y, por consiguiente, haría valer sus derechos ultrajados desde hace tanto tiempo; pero, repito, desgraciadamente no es así. Individuos conozco yo, que ni poco ni mucho les importa la triste situación de sus compañeros de labor; ellos saben perfectamente, porque su conciencia se los repite a cada momento, que si han escalado un puesto más o menos elevado en el taller, ha sido por medio de la humillación y la bajeza y sin embargo miran con marcado desdén y con estúpido orgullo a aquellos que, no queriendo soportar la extorsión y la insolencia de sus verdugos, prefieren arrastrar por las calles su miseria, exhibiendo sus harapos; pero dignos.....siempre dignos.

Por eso cuando tropiezo en mi camino con uno de esos émulos de Nerón o Torquemada y los veo pasar erguidos, fastuosos y satisfechos, sonrío en mi interior y pienso a mi vez que se semejan a las chimeneas de algunas fábricas, que ciertamente están muy altas; pero despiden humo solamente....

RAMON MARTINEZ.

¡SOLEDAD!

Hermosa palabra cuando se trata de estudios o meditaciones provechosas; terrible sentencia que cae sobre nosotros con el estrépito de las tempestades desastrosas, cuando se quiere realizar un ideal, cuando se trata de producir la fuerza diosa, omnipotente y única propulsora de las causas infinitamente grandes y hermosas.

¡Soledad! Yo te amo cuando sueño en ese porvenir encantador que preparan los grandes genios a la humanidad; yo te amo cuando, apartando los ojos del globo terráqueo, los dirijo hacia lo infinito para contemplar lo verdaderamente grande, lo verdaderamente hermoso, lo que produce luz y no tinieblas; esperando oir de esa multitud de luminosos astros la voz de la verdad que fulminará para siempre la ignorancia, terrible azote de la humana especie; te amo cuando pienso escuchar el canto armonioso de las legiones del trabajo que, entonando el himno de la confraternidad universal, marchan hacia su redención; te amo, en fin, cuando no queriendo oir los gritos de dolor de la mayoría de las criaturas humanas que sufren eternamente mezcladas con risotadas de los behodos de placer y alegría, me tapo los oídos para dar paso a la voz de mi conciencia, que me dice: *¡lucha y acabarás con la injusticia!*

Y obedeciendo la voz de mi conciencia, lucho; mas para luchar con éxito, necesito fuerza, y esa fuerza sólo la encontraré en la unión de los que, como yo, sufren bajo la tiranía y el despotismo de los poderosos.

Y entonces, despreciando la soledad, busco solamente la unión de mis hermanos, de los dignos héroes del trabajo, sobre los cuales pesa toda la carga de la sociedad actual.

¡Soledad! En este caso te conviertes de hermosa palabra en terrible sentencia amenazándonos de muerte, y por eso te detesto

¡Soledad! Te amo cuando estudio; te detesto cuando lucho!

ANASTASIO S. MARIN.

A NUESTROS COMPAÑEROS DE LOS ESTADOS

En atención a las dificultades pecuniarias de este órgano libertario, mismas que han ocasionado su falta de regularidad, encarecemos a nuestros compañeros que habitan fuera de la capital de la República, nos envíen en giro o timbres postales la ayuda que reclama el sostenimiento de EL SINDICALISTA.

LA PARADOJA TRISTE

Sigue de la primera plana.

sangre al ponderar la caridad y la humildad del vagabundo carpintero de Galilea, que vino a predicar la igualdad y a condenar la esclavitud entre los hombres. Sólo los ricos, que siguen siendo los flagelados de la parábola evangélica, le merecen cierto supersticioso respeto.

¿Que—esto aparte—nos haría falta desasnarnos y desasnar después a la clase indígena? Y ¿para qué?, dirán gobernantes y sacerdotes.

Si lo que persigue nuestro flaco espíritu es la felicidad, y se puede ser feliz sin instrucción y hasta sin baño, como predicaban los primeros cristianos; si las cosas del Estado se pueden dejar en manos de aquellos que son mayores en edad, saber y gobierno, como predica Ripalda, ¿a qué hacer conscientes, y por lo mismo desgraciados a los pobres?

Pues para que nuestro progreso adquiera caracteres de indeficiente, tenemos una virtud que se llama patriotismo, virtud cívica que es más bien una consagración oficial del odio a nuestros hermanos de otros países y que destruye de paso cualquier concepto de la fraternidad universal. Este ciclón de progreso ha arrasado las pequeñas industrias, algunas de ellas verdaderamente artísticas; ha destruído el pequeño comercio y limpiado de idolatrías a nuestros naturales.

¿Quién se acuerda ya de nuestros zapateros de antaño?

Los aguadores, pintados en dos trazos por Micrós, han desaparecido para siempre. Un laberinto de tubos subterráneos los ha reemplazado.

La labor femenil benedictina, que tejía milagros de arabesco en los deshilados, curvando tantas espaldas purulentas, va pasando, en virtud de la máquina, a la historia.

De las «diligencias» del buen tiempo viejo, sólo nos quedan ¡ay! en páginas carcomidas por la polilla, los relatos, llenos de colorido local, de don Niceto de Zamacois.

El linotipo va echando a la calle, poco a poco, a los cajistas. Pronto los amables «hueseros», como se les llama en jerga tipográfica, serán también unos retardatarios del progreso.

¿Este progreso nos ha hecho felices?

Porque el progreso, para que lo sea efectivamente, debe actuar en todos los órdenes de la vida y por consecuencia producir un bienestar y felicidad relativos, sí, pero también generales. Luego, si se admite que hemos progresado, lo que se sigue es que debiéramos ser felices.

¿Lo somos, realmente?

Los obreros, los peones, los jornaleros, la raza indígena y, en una palabra, la gran masa que integra nuestra clase menestral dan la respuesta negativa.

No es feliz, a pesar del progreso y precisamente por el progreso mismo, la mayor parte del pueblo—que es la que sufre y trabaja—, por la misma razón que no lo es el proletariado mundial: porque de la paradoja que acusa una mayor miseria a medida que hay un mayor progreso, los seres que todo lo producen perciben la parte mínima del producto de su esfuerzo, y los parásitos, poseedores de la riqueza social—que nada hacen y todo lo consumen—, perciben todos los rendimientos.

No es feliz porque los adelantos de la ciencia sólo favorecen a una clase social: la burguesía, pudiendo destruir la maldición bíblica que pesa sobre los pobres de todas las latitudes: «ganarás el pan con el sudor de tu frente».

Pero puede haber quien atribuya estos males a que somos un pueblo en el destete.

Supongamos realizado todo el desarrollo de nuestra industria, que todavía es embrionaria, y la total y definitiva expansión comercial de nuestro país, y no podremos llegar, sin embargo a mejores condiciones sociales y políticas que las que han alcanzado en el día Inglaterra, Estados Unidos y Francia.

¿Cuáles son esas condiciones?

Henry George escribe: «El Profesor Tharold Rogers—la autoridad más alta en estas cuestiones—declara que en el siglo XIII no había una clase pobre, tan indigente, tan oprimida y degradada como millones de ingleses en nuestro siglo jactancioso, y que, excepción hecha de tiempos de gran carestía, no había trabajador, por pobre que fuera, que temiera que su mujer y sus hijos sufrieran miseria, estando lejos de él. Obscuros y rudos eran bajo muchos aspectos los tiempos en que se erigían catedrales, iglesias y casas religiosas cuyas ruinas despiertan todavía nuestro asombro. Pero en ellos no tenía Inglaterra deudas nacionales, ni leyes para los pobres, ni ejército permanente, ni pobres por herencia, ni millones y millones de seres humanos que se levantan por la mañana sin saber dónde por la noche reclinarán la cabeza.»

¿Nos convendría este progreso inglés?

El doctor Zoides, en su libro «Pobreza y Descontento,» después de enumerar todas las teóricas libertades del pueblo americano, dice:

«Sin embargo, las mismas dificultades sociales que en Europa, comenzaron a aparecer «desde hace veinticinco o treinta años,» y es ya bien claro que su democracia es una vana pretensión y su pretendida igualdad un engaño.

Ya el pueblo soberano se está convirtiendo en un «roi faineant» como los reyes morovingios de Francia o como los mikados del Japón. La sombra del poder es suya, pero el provecho es la presa de los cabecillas bandidos de la Bolsa, de los ladrones «condottieri» que organizan la política en «máquinas.» Más adelante agrega:

«¿De qué sirve la igualdad legal, cuando la fortuna de algunos ciudadados puede estimarse en centenares de millones, mientras otros ciudadanos nada poseen?» ¿Optaremos por el progreso yanqui?

«La Publicidad,» de Barcelona, citada por Prat, escribía en 1908:

«En París, según las últimas estadísticas, asciende a cien mil el número de los sin trabajo.

«Se señala como causa del exceso creciente de faltos de trabajo a los progresos incesantes de la maquinaria, que anula o reduce en proporción extraordinaria el esfuerzo corporal, no compensándolo la creación de industrias nuevas, originadas por los progresos maquinarios.»

¿Nos decidiremos, en el futuro, por el progreso francés?

Esta peradoja, dicen algunos, es triste. Yo creo que es trágica. De su inverosimilitud parte la muerte por hambre más verosímil.

La ley no remedia esta injusticia.

La iglesia es una escuela de hipocresías y de especulaciones.

El Papa, entre despojados y ladrones, esto es, entre pobres y ricos, se pone del lado de los ladrones. Decididamente no llegaremos a la ciudad de fraternidad y de justicia, a la armónica ciudad de los iguales y de los libres, por los caminos del Evangelio clerical.

La conciencia del proletariado no puede reducir sus expansiones hasta hacerlas caber en el bonete de un cura o en la escarcela de un potentado. No importa que al frente de estos dos puntales de la paradoja esté ese «Montruo que muerde», según el filósofo alemán, «con dientes postizos»: el Estado.

Para escapar de la siniestra paradoja, el proletariado tiene un camino: el socialismo libertario, y un baluarte: el sindicato obrero.

Orientado por uno y escudado en el otro, luchará hasta el día del combate final. que será el día dela liberación.

SANTIAGO R. DE LA VEGA.

CASA DEL OBRERO MUNDIAL

HORARIO DE ASAMBLEAS:

Sindicato de Zapateros. Domingos, a las 9. a.m.

Sindicato de Carpinteros. Martes, a las 7.30 p.m.

Sindicato de Sastres. Miércoles, a las 8. p.m.

Sindicato de Canteros. Domingos a las 20 am.

Sindicato de Tipógrafos. Domingos, a las 10.30 a.m.